

El mejor regalo, los recuerdos

Iba nerviosa en el coche, cada metro avanzado en esa lata con ruedas de los años 70 estaba más cerca de mi propia historia, aunque ni siquiera era consciente de ello. Me arrodillé sobre el asiento y me agarré sobre la ventana medio abierta asomando mi nariz por el hueco. El ligero viento acariciaba mi cara mientras respiraba el olor de esos pinos que desaparecían de mi vista uno tras otro. Disfrutaba llenando mis pulmones con aire limpio, sin ese olor a polución que ahoga y al que estaba acostumbrada a respirar en la ciudad.

- Siéntate, no vaya a ser que tengamos un disgusto - me regañó mi abuelo.

Me senté a regañadientes pero su sonrisa siempre lograba que dejara de fruncir el ceño. Cuando volví la vista, ahí estaba frente a mí. Un puñado de casas bajas con tejados a dos aguas comenzaban a surgir al final de la carretera. En medio de todas ellas, un campanario se imponía con solemnidad y alrededor, anchos e infinitos campos amarillos se extendían más allá de donde alcanzaban a ver mis ojos. En lo alto del campanario, una figura blanca y negra presidía aquel cuadro, cuando nos fuimos acercando vi que era un pájaro gigante que andaba cojo.

-Es una cigüeña- me explicó al ver mi boca abierta y mi vista fijada en ella -

¡Voy a enseñarte una cosa!- dijo entusiasmado abriendo los ojos como platos.

Giramos por una calle estrecha y adoquinada y atrás quedó la cigüeña. El coche vibraba y mi voz se entrecortaba, no podía contener la risa y mi abuelo tampoco. Empezamos a hacer el indio sin importarnos las miradas curiosas pero divertidas de quienes nos oían al pasar por su lado. Todo el mundo parecía conocerse, todos nos saludaban.

- Mira, ese era mi colegio –dijo señalando un edificio bajo- y en esa ventana con rejas estaba mi clase, la de Don Fernando, que era muy estricto.

-¿Y la de la abuela? – pregunté.

El mejor regalo, los recuerdos

- La abuela fue al colegio de niñas, justo aquel - contestó señalando al edificio de enfrente.- Cuando terminábamos las clases nos juntábamos todos aquí a jugar. Nosotros con el balón hecho de trapos y las niñas a la comba y las muñecas. Bueno, tu abuela jugaba bastante con nosotros hasta que Don Fernando la regañaba. ¡Siempre fue una rebelde!- exclamó con orgullo.

A lo largo de aquella calle me contó muchas anécdotas de cuando era joven. Al llegar a la plaza del pueblo se paró en seco.

-Y aquí, han pasado los mejores momentos de mi vida. En esta plaza, durante una verbena, la abuela y yo nos dimos el primer beso, en aquel banco le pedí que se casara conmigo, y en esa iglesia nos casamos.

-¿Era guapa?- ya no recordaba a mi abuela.

-La que más, pero lo más importante es que ha sido la persona más increíble que he conocido nunca. Inteligente y con una fuerza increíble, siempre nos hacía ver el lado bueno de las cosas- su voz se tornó ronca por la emoción.

Reiniciamos la marcha con mil historias más en el camino. En cuanto mi abuelo aparcó frente al muro blanco de su vieja casa una marea de vecinas y niños se abalanzó sobre nosotros y nos abrigó con abrazos y besos.

-¡Qué mayor estás! - me dijo una señora que me resultaba familiar- ¿te acuerdas de mí? Soy tu tía Hilaria, la hermana de tu abuelo - la verdad es que se parecían mucho y su sonrisa era idéntica.

-Tomás, nos vamos al río con los chicos, ¡veniros! – nos invitó otra señora.

-No hemos traído nada y ya es la hora de comer. Otro día- contestó.

-Anda, anda, por eso no te preocupes. Juana os ha traído toallas y yo he bocadoillos para los dos- la mujer no iba a permitir un “no” por respuesta.

Pasamos horas en aquel río jugando y salpicando al abuelo que fingía estar molesto de una manera muy cómica. Las cosquillas eran su principal amenaza

El mejor regalo, los recuerdos

pero era divertido ponerle a prueba y le resultaba inútil. La única amenaza que tuvo efecto fue dejarnos sin chocolate. Nos ganó la partida, salimos corriendo a secarnos para poder merendar aquel manjar que terminamos de devorar justo a tiempo. Unas dulzainas comenzaron a sonar y todos fuimos detrás bailando hasta la plaza del pueblo, allí montamos una pequeña fiesta improvisada en la que mi abuelo demostró ser el mejor bailarín.

Así, entre aquellas notas silbadas, miles de risas y carcajadas al aire y una felicidad palpable en cada rincón de esa plaza abarrotada comenzó el atardecer. Mi abuelo me buscó entre la gente y fuimos corriendo a la muralla. Allí me sentó junto a él. En aquel momento mi abuelo me hizo un gran regalo, la mejor postal, el mejor final para un día inolvidable.

Una voz frágil me ha sobresaltado, mi abuelo ha vuelto a preguntar a dónde vamos. Mira a la ventanilla y cerrando los ojos hincha su pecho disfrutando del olor a pino.

-Huele a casa -dice extrañado- ¿dónde estamos?

-Ya hemos llegado, abuelo- le respondo con ternura.

Echo el freno de mano, me desabrocho el cinturón y quito la llave del contacto. Al apagar el motor el silencio inunda nuestro alrededor. Él mira al frente sin poder reconocer esos muros blancos frente al coche. Su mirada está perdida pero pronto sus recuerdos empiezan a encontrar el camino. Una sonrisa se va dibujando entre las arrugas de su cara, y sus ojos recuperan un brillo que llevaba tiempo apagado. Me mira.

- Estamos en casa – dice con seguridad.

Su pueblo, aunque solo fuera por unos minutos, le ha vuelto a regalar sus mejores recuerdos.